

DE BUENAS LETRAS

# A vueltas con el lenguaje

RAFAEL GUILLÉN

DE LA ACADEMIA DE BUENAS LETRAS DE GRANADA

**A** vueltas con el lenguaje, observo que en mis anteriores consideraciones, cuando hablé de la 'intención' convertida en 'intencionalidad' olvidé otras deformaciones, como, por ejemplo la que atañe a 'culpa', 'culpar'. Pues bien, el modo 'culpabilidad' es correcto sólo en su acepción de «contrario a derecho». Si cambiamos la palabra 'culpa' por 'culpabilidad', sin ton ni son, llegamos al absurdo de convertir la poco punible frase «mea culpa, mea culpa» de los golpes de pecho, en «mea culpabilidad, mea culpabilidad». Todo tendría que ir a los tribunales.

Algo en lo que se ha evolucionado, con notable deterioro, es en la desaparición de adjetivos ponderativos. Casi han desaparecido términos como extraordinario, sensacional, admirable, prodigioso, fenomenal, portentoso, fascinante, etc., todos sustituidos por la palabra 'guay'. La palabra 'guay' tiene algo de respingo, de reacción a un pinchazo, de ladrido de perrita caniche. «¿Has visto película tal? Sí: es 'guay'». «He aprobado el examen de química». «¡Qué 'guay'!».

Y, si el caso lo requiere, 'super guay'.

Pasamos a los adverbios: el prefijo 'super' ha venido a sustituir al adverbio 'muy'. Ya no «te está la chaqueta muy grande», sino 'supergrande', ni es muy buena una oportunidad sino 'superbuena', ni estás muy contento sino 'supercontento'.

Subimos un peldaño en la ponderación y accedemos al 'montón'. Se ha erradicado el adverbio 'mucho'. Tradicionalmente, un montón se ha referido a algo susceptible de amontonar: piedras, objetos, incluso personas. No alcanzo a comprender cómo se puede amontonar un afecto, un estado de ánimo, una apetencia. «Lo admiro 'un montón'», se dice. «Discutimos 'un montón'». «Me apetece 'un montón'».

En cuanto a la magnitud, cuando se pretende expresar el máximo, se recurre sin tuteos a la coprología. Llegado aquí he de confesar que siempre he evitado usar palabras gruesas; pero en este caso me son inevitables. Sírvame de consuelo recurrir al refranero o a algunos clásicos, con Quevedo de adalid en su 'Cuento de Cuentos', o en 'Gracias y des-

gracias del ojo del culo'. Palabras que me repugnan, tanto en una conversación, como en algún entretenido espectáculo de televisión ('reality show' suelen llamarse), dechado en tantas ocasiones de incultura y de mal gusto.

No es que los clásicos las tengan a gala, sino que las ideas se traducen en determinados signos gráficos y, a veces, aunque fisiológicamente caen dentro de la escatología, el estilo o una intención expresa del autor hacen necesaria su utilización

Pues bien, estas circunstancias de supeditación a un estilo o un argumento no se dan hoy cuando se utilizan a diario alegremente. Me refiero a esa diarrea (perdón, incontinen- cia) que ha acometido al personal, joven y menos joven: «Fulanito tiene un memorión 'que te cagas'». «En ese bar ponen unas tapas 'que te cagas'». Imaginen una declaración de amor en estos términos: «Te amo, Maripuri. Es un amor que supera las palabras; que está por encima de nuestras propias vidas; que está más allá del tiempo. Es un amor 'que te cagas'».

En mis tiempos, lejanos ¡ay!, se usaba en momentos solemnes, se expresaba a lo grande: en blasfemias que hacían tambalearse el universo o en la inmensidad de espacios sin confines: «¡Me 'cago' en la mar!» No en la mar de Calahonda o de La Herradura, no. En la mar oceánica, la que cubre las tres cuartas partes del globo terráqueo.

Para el menudeo cotidiano se recurría a las llamadas «aguas menores»: «Me 'meo' de risa» o «Hace un frío que se 'mea' la perra». Aunque ahora me pregunto qué tendría que ver la pobre perra y sus necesidades con las condiciones atmosféricas.

Quizás cualquier tiempo pasado fue también algo mejor en el lenguaje.